

La mujer cananea

Dr. Justo L. González



El Discípulo 3.1 (10 de 13)

Mateo 15.21-28

7 de febrero de 2010

Tema: Testimonios del Mesías

TEXTO ÁUREO

«Entonces, respondiendo Jesús, dijo: —¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora».
—Mateo 15.28

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO

La mujer cananea

RVR

VP

Mateo 15.21-28

21 Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón.

22 Entonces una mujer cananea que había salido de aquella región comenzó a gritar y a decirle: —¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.

23 Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaron diciendo: —Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros.

24 Él, respondiendo, dijo: —No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

25 Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: —¡Señor, socórreme!

26 Respondiendo él, dijo: —No

Mateo 15.21-28

21 Jesús se dirigió de allí a la región de Tiro y Sidón.

22 Y una mujer cananea, de aquella región, se le acercó, gritando: —¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! ¡Mi hija tiene un demonio que la hace sufrir mucho!

23 Jesús no le contestó nada. Entonces sus discípulos se acercaron a él y le rogaron: —Dile a esa mujer que se vaya, porque viene gritando detrás de nosotros.

24 Jesús dijo: —Dios me ha enviado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

25 Pero la mujer fue a arrodillarse delante de él, diciendo: —¡Señor, ayúdame!

26 Jesús le contestó: —No está

está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.

27 Ella dijo: —Sí, Señor; pero aun los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.

28 Entonces, respondiendo Jesús, dijo: —¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora.

bien quitarles el pan a los hijos y dárselo a los perros.

27 Ella le dijo: —Sí, Señor; pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.

28 Entonces le dijo Jesús: —¡Mujer, qué grande es tu fe! Hágase como quieres. Y desde ese mismo momento su hija quedó sana.

Introducción

La mejor manera de empezar la lección de hoy es leyendo el pasaje mismo. Su mera lectura despertará el interés de la clase, pues nos encontramos aquí a Jesús diciendo palabras que difícilmente podemos compaginar con lo que sabemos de Él por el resto de los Evangelios.

Dicho esto, es importante entender el triple propósito de esta lección. Precisamente porque este pasaje puede parecer chocante, y porque hay en él varios elementos que pueden entenderse de diversas maneras, la lección de hoy nos ofrece una oportunidad única para discutir el tema del papel que la interpretación siempre tiene en la lectura y el estudio de la Biblia. Es necesario aclarar que esto no quiere decir que cada cual debe sentirse libre para interpretar la Biblia como mejor le parezca. Sí quiere decir que nadie tiene autoridad para declarar que su propia interpretación es la única correcta y aceptable. En otras palabras, este primer propósito de la lección será invitarnos a estudiar la Escritura con diligencia y seriedad, pero también con humildad.

El segundo propósito surge del pasaje bíblico mismo. Vamos a estudiar un pasaje en el que, como quiera que se le interprete, los prejuicios tienen un lugar importante. Luego, basándonos en el pasaje, deseamos explorar con la clase cómo es que los prejuicios se introducen en nuestra vida—en nuestra vida personal, en nuestra vida social y hasta en nuestra vida como iglesia—y cuál ha de ser nuestra respuesta al prejuicio.

El tercer propósito, que es lo que vincula la lección con el resto de la unidad, es tomar por ejemplo a esta mujer cananea, quien cruza difíciles barreras culturales para dar testimonio de Jesús.

Mateo 15.21-28

El pasaje es paralelo al que aparece en Marcos 7.24-30, aunque difiere de él en varios detalles.

La «región de Tiro y Sidón» había sido el centro del poder filisteo precisamente en el tiempo en que los filisteos eran los grandes enemigos del pueblo de Israel. Esta región, al norte de los territorios de Israel, nunca había sido conquistada por los hebreos. Aunque en algunas ocasiones Tiro había sido aliada de los reyes de Israel (en particular, de David y Salomón), la mayoría de las referencias bíblicas a estas dos ciudades son negativas. De Tiro era oriunda la reina Jezabel, quien había tratado de destruir a Elías e instaurar la idolatría en Israel, y por tanto, era símbolo de idolatría, opresión y corrupción.

La mujer era «cananea». Canaán era el nombre de la tierra prometida antes de que los hijos de Israel la conquistaran, y fue contra los cananeos que tuvieron lugar buena parte de los episodios de conquista que se narran en el libro de Josué. Después de esa conquista, los cananeos continuaron amenazando la integridad de Israel, unas veces política, y otras culturalmente, pues existía siempre la tendencia entre los recién llegados nómadas hebreos de adaptarse a las costumbres de los cananeos, más civilizados que ellos.

Por todo esto, no ha de extrañarnos que la actitud de Jesús y sus discípulos hacia la mujer no sea del todo positiva. Tanto la región en que estaban como la mujer misma les recordarían todo el sufrimiento, lo opresión y las tentaciones a la idolatría que sus antepasados tuvieron que soportar.

Por otra parte, es importante notar el modo en que la mujer se dirige a Jesús: «¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí!». El título de «Hijo de David» tenía connotaciones mesiánicas, pues era uno de los modos en que los judíos se referían al Mesías. La palabra «señor» (*kyrios*) tenía las mismas ambigüedades que la misma palabra tiene hoy, cuando decimos por una parte, «señor Pérez», y por otra «el Señor es el creador de todo cuanto existe». Al igual que para nosotros, «señor» (*kyrios*), además de una forma cortés de referirse a alguien, era la palabra con la cual la traducción griega del Antiguo Testamento (la «Septuaginta», que fue la versión que utilizaron casi todos los autores del Nuevo Testamento) traducía el nombre de Dios.

¿Qué implica el uso de tales títulos por parte de la mujer cananea? Este es un punto que sería interesante discutir en la clase, pues parece indicar que la mujer tenía al menos algún contacto con la religión de Israel. ¿Se habría convencido a tal punto de esa religión que de veras esperaba al Mesías, al igual que lo esperaba Israel? ¿Estaría sencillamente repitiendo el modo en que había

escuchado a otras personas dirigirse a Jesús? ¿Estaría tratando de ganarse la buena voluntad de Jesús al darle ese título? ¿Por qué Mateo pone tales títulos en boca de la mujer? (Marcos no nos dice qué palabras usó la mujer, sino solamente lo que pidió.) Es imposible saberlo, pero bien puede dar lugar a una discusión dentro de la sesión de clase, y ayudarnos a ver algunas de las dificultades y ambigüedades a que repetidamente nos enfrentamos al tratar de interpretar los textos bíblicos. De hecho, en este pasaje nos toparemos, no sólo con esta diversidad de posibles interpretaciones, sino con otras dos que veremos más adelante.

Lo que la mujer pide es que su hija sea sanada; que Jesús la libre de un demonio que la atormenta. Ya antes hemos discutido eso de los demonios. Lo que aquí interesa es sencillamente que la hija está enferma, y que la madre le pide a Jesús que la sane.

En el v. 23 encontramos el segundo punto en que el texto se presta a dos interpretaciones diferentes. La palabra que en nuestras Biblias se traduce por «despídela» también puede entenderse como «atiéndela» u «ocúpate de ella». Podemos decir que tiene una ambigüedad semejante a la de nuestra palabra «despáchalo». Si en una tienda el gerente ve que hay un cliente esperando, y le dice a un vendedor «despáchalo», lo que le está diciendo es que se ocupe de él. Pero si un pandillero le dice a uno de sus secuaces, refiriéndose a algún enemigo, «despáchalo», jeso es muy diferente! De igual modo, lo que los discípulos le piden a Jesús es, o bien que se deshaga de la mujer, o bien que se ocupe de ella. Puesto que en otras ocasiones los discípulos tratan de deshacerse de quienes a su juicio importunan a Jesús, ésa es la interpretación que inmediatamente nos viene a la mente. En vista de que estamos ante un relato muy diferente de esos otros, en este caso también tenemos que dejar las opciones abiertas.

El tercer punto que se presta a diferentes interpretaciones es la respuesta de Jesús en el v. 26, «No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros». No cabe duda de que era costumbre entre los judíos referirse a los gentiles como «perros», y que esa costumbre se encuentra tras las palabras de Jesús. Lo que se deba-

PROPÓSITO

El propósito de la lección de hoy es triple. Primero, queremos despertar conciencia de la posibilidad de interpretar un mismo pasaje bíblico de diversas maneras, y de la necesidad de no rechazarnos mutuamente por el solo hecho de no concordar en tales interpretaciones. Segundo, buscamos explorar cómo es que se presentan y parecen justificarse los prejuicios, no sólo en la vida social, sino también en la iglesia. Tercero, tomar el testimonio de la mujer cananea como pauta para nuestro testimonio en un mundo dividido por prejuicios.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. Las diferentes interpretaciones del pasaje.
- II. La inevitabilidad de la interpretación. Cómo se compagina esto con la autoridad de la Escritura.
- III. Los prejuicios. Qué son, cuáles tenemos, y cómo responder a ellos.

te es qué es lo que Jesús quiere decir con esas palabras, y por tanto la actitud de Jesús hacia la mujer. De inmediato, parece que Jesús está dándole a la mujer el apelativo de «perra». Quienes leen el texto de esa manera entienden que lo que acontece en este pasaje es nada menos que una especie de «conversión» de Jesús, quien al principio no quiere tener nada que ver con la

mujer, porque es cananea, y por fin, tras la respuesta audaz de la mujer, se compadece de ella.

Pero hay otro modo de entender el texto. Según algunos intérpretes, lo que hay aquí es una ironía, posiblemente tan sutil que fácilmente se nos escapa. Los discípulos le han pedido a Jesús que la despidiera, o, en otras palabras, que la trate como a un perro, y Jesús al decir estas palabras se está dirigiendo no tanto a la mujer como a los discípulos. Con estas palabras, Jesús se hace eco de las palabras de los discípulos, como un modo de mostrar cuán insensibles y crueles son.

Si entendemos las palabras de Jesús de esta manera, la respuesta de la mujer hace la ironía más aguda. Lo que los discípulos le han pedido a Jesús es que trate a la mujer como ni siquiera se trata a un perro.

Todos éstos son puntos que bien pueden discutirse en la clase, pues al tiempo que nos ayudan a aclarar qué es lo que pensamos de Jesús, nos hacen ver que la interpretación bíblica no es siempre tan fácil como podríamos imaginar.

El fin de la historia no necesita mucha explicación. Como en tantos otros pasajes en los Evangelios en los que Jesús se enfrenta a las fuerzas del mal—a los demonios—Jesús manifiesta a la vez su compasión y su poder. Nótese que con la sola declaración por parte de Jesús ya el milagro acontece. Jesús ahuyenta a los demonios con el solo poder de su palabra—de igual modo que en el libro de Génesis vemos a Dios creando el mundo con el solo poder de su palabra: «sea... y fue». En el texto que estudiamos, Jesús dice «hágase», y «desde aquella hora» se hizo.

Aplicación

Éste es uno de los pasajes más difíciles del Evangelio de Mateo. Lo que le hace difícil son los puntos señalados en la sección anterior en los que es posible interpretar el texto de diversos modos. Cuando la mujer llama a Jesús «Señor, Hijo de David», ¿está de algún modo declarando que se ha hecho partícipe de la fe de Israel? Cuando los discípulos le dicen a Jesús, «Despídela», ¿le están pidiendo que se deshaga de ella, como la traducción que estamos empleando sugiere, o le están instando a que responda a lo que ella dice? Cuando Jesús cita el dicho acerca de no quitarles la comida a los hijos y dársela a los perros, ¿está llamando «perra» a la mujer, o está más bien llamándoles la atención a los discípulos sobre la crueldad e insensibilidad de ellos? Cuando Jesús por fin le dice a la mujer que su hija sanará, ¿será que la mujer le convenció de que estaba equivocado, o estaría más bien haciendo lo que de todos modos iba a hacer tras llamarles la atención a los discípulos?

Esta gran variedad de interpretaciones nos confunde, y no sabemos qué hacer. En eso mismo hay ya una lección. La lección está en que debemos estar siempre conscientes de que nuestras interpretaciones del texto bíblico son eso: interpretaciones. El texto bíblico no es lo mismo que lo que decimos de él. La interpretación debe buscar ser fiel a lo que el texto dice. No podemos pretender que el texto diga lo que mejor nos parezca. Debemos emplear la mayor seriedad y diligencia en nuestra tarea de leer el texto e interpretarlo. Con todo y eso, nuestras interpretaciones nunca son la Palabra de Dios. Si de veras creemos que en la Biblia encontramos la Palabra de Dios, esa Palabra siempre es soberana. Nunca la poseemos por completo. Siempre tenemos que estar dispuestos y dispuestas a ver nuevas dimensiones en ella.

El pasaje que estudiamos nos sirve de ejemplo. Si en la clase se discuten cada uno de los puntos susceptibles de diferentes interpretaciones, lo más probable es que no todos estaremos de acuerdo. Pero en una cosa sí debemos estar de acuerdo: siempre hay una diferencia entre nuestras interpretaciones y la Palabra de Dios. ¡Si así no fuera, llegaría el momento en que nos bastaría con nuestras interpretaciones y ya no necesitaríamos la Biblia!

Dicho esto, podemos preguntarnos, ¿estamos dispuestos en nuestra clase y en nuestra iglesia a hacer esa distinción, y a aceptar a quienes interpretan los pasajes bíblicos diferente a como lo hacemos nosotros y nosotras? ¿Manifestamos eso en nuestras discusiones cada semana en esta clase?

Volvamos entonces, al pasaje mismo, y veamos cómo acercarnos a él. En casos como éste, posiblemente nuestro mejor proceder sea tratar de interpretar lo que no está claro en el pasaje a la luz de lo que sí está claro en el resto del libro que estamos estudiando y en el resto de la Biblia. En este caso, por ejemplo, sabemos que repe-

VOCABULARIO BÍBLICO

TIRO Y SIDÓN: Eran dos ciudades fenicias en tiempos de Jesús. «Fenicia» viene de la misma raíz que «Palestina» y «filisteo». Tiro fue fundada en una isla en tiempos antiquísimos, y llegó a ser un importante centro de poder marítimo. En tiempos de David, gobernaba sobre ella el rey Hiram, quien le proporcionó a David cedro, ciprés y artesanos para la construcción de su palacio en Jerusalén (1 R 5; 1 Cr 22.4; 2 Cr 2.3-18). Más tarde el mismo rey de Tiro ayudó a Salomón a construir su flota (1 R 9.26-28). De Tiro era también Jezabel, la esposa del rey Acab (1 R 16.31). Repetidamente, los profetas hebreos pronunciaron palabras fuertes contra Tiro (Is 23.1-17; Am 1.9-10). En el año 333 a.C., cuando Alejandro derrotó a los persas en la batalla de Iso, Tiro fue la única ciudad fenicia que se negó a rendirse, pues confiaba en que, como isla que era, y poseedora de una escuadra poderosa, sería inmune a los ataques de Alejandro. Este ordenó construir una calzada de aproximadamente un kilómetro de largo entre la costa fenicia y la isla de Tiro. La ciudad fue conquistada, y la venganza de Alejandro fue cruel. A partir de entonces, Tiro fue una península. Hoy es un pueblo pequeño, con unos pocos millares de habitantes. Sidón estaba en tierra firme, unos trece kilómetros al norte de Tiro. Por un tiempo fue tan importante como Tiro. Además de su comercio marítimo, que era característico de todas las principales ciudades fenicias, Sidón se distinguió por su producción y venta de púrpura, un tinte carísimo que se extraía de unos pequeños moluscos en la región. A diferencia de Tiro, Sidón se rindió ante el avance de las tropas macedonias de Alejandro Magno, y vino a ser parte de su imperio. El romano Pompeyo la conquistó en el año 64 a.C., y por tanto, en tiempos de Jesús Sidón—al igual que Tiro—era parte de la provincia romana de Siria.

tidamente, tanto en Mateo como en los demás Evangelios, los discípulos intentan apartar a Jesús de quienes apelan a su compasión, y Jesús les reprende. Lo más probable es que cuando los discípulos dicen «despídela», quieran decir precisamente eso, que les parece que Jesús debe deshacerse de ella.

Siguiendo ese principio, llegamos entonces al meollo de la dificultad en este pasaje: el que Jesús parezca llamar «perra» a esta mujer que se le acerca, y que parezca hacerlo solamente porque no es hija de Israel. Aun cuando pueda haber (y hay) diversidad de opiniones en este punto, tal visión de Jesús a tal punto contradice lo que sabemos de Él por el resto del Evangelio, que se nos hace difícil aceptarla. Por tanto, quien esto escribe se inclina a la interpretación que ve en las palabras de Jesús, un llamado de atención a los discípulos. Pero, repito, esto es una interpretación, y tenemos que distinguir entre la interpretación y el texto mismo.

Sobre la base de lo que sabemos acerca de Jesús por el resto de los Evangelios, y también sobre la base del modo en que termina este pasaje,

no cabe duda de que Jesús ve a toda la humanidad con compasión, y que se opone a toda forma de discriminación. Por ello, me inclino a pensar que las palabras sobre los «perros» iba dirigida a los discípulos, que querían que Jesús discriminara contra la mujer, y a quienes Jesús, citando ese dicho, hace ver cuán cruel es su actitud.

Vengamos entonces a nuestros días. Es muy fácil decir que los judíos tenían prejuicios contra los cananeos, y en general contra todos los gentiles. Eso bien puede haber sido cierto, a lo menos de algunos entre los judíos. Pero no nos dice mucho en cuanto a nuestra vida como creyentes hoy. La cuestión de los prejuicios que los judíos tenían o no tenían tiene interés histórico, y ciertamente nos ayuda a entender éste y otros pasajes bíblicos. Tampoco nos dice mucho respecto a nuestra obediencia hoy.

La pregunta que tenemos que hacernos no es qué prejuicios tenían los judíos, sino cuáles tenemos nosotros y nosotras. Al hablar de prejuicios, naturalmente lo primero en que pensamos es en

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- El pasaje que estudiamos hoy se presta para discutir cómo es posible interpretar el mismo pasaje de diferentes maneras, y la diferencia que existe siempre entre el texto bíblico mismo y cualquier interpretación que hagamos de él. Esto se debe a que, como mostramos en la sección ANÁLISIS DE LA ESCRITURA, hay modos bien diferentes de entender el pasaje. Es a esto que dedicamos la primera parte de la sección APLICACIÓN.

- Este primera parte puede parecerles difícil a algunas personas en la clase. Nos gustaría que no hubiera más que un modo de interpretar los pasajes bíblicos, de modo que podamos rechazar a quienes no aceptan tal interpretación. Cuando se nos dice que hay varias interpretaciones posibles, eso nos asusta. El hecho es que la interpretación siempre es parte de la lectura de cualquier pasaje, y el de hoy nos ofrece un ejemplo claro de esto. Asegúrese por tanto de que toda la clase entienda al menos algunos de los puntos en los que el pasaje que estudiamos se presta a diferentes interpretaciones. Dirija a la clase en una discusión sobre cómo podemos mantener nuestra unidad cuando diferimos en cuanto a lo que algún pasaje bíblico quiere decir.

- Pase a la segunda parte de la APLICACIÓN, que empieza en el párrafo que comienza diciendo «vengamos entonces a nuestros días». En esta segunda parte el tema central es el de los prejuicios. Discuta con la clase qué quiere decir la palabra «prejuicio». Para esto, durante la semana, mientras se prepara para la clase, recorte de los periódicos artículos en los que aparezcan fotografías de algunas de las personas aludidas. Asegúrese de que no sean personas conocidas. Preséntele entonces a la clase la foto en cuestión, y pregúnteles qué pensarían de esa persona al ver su foto. Después, muéstreles el artículo, para ver hasta qué punto han acertado en lo que dijeron. Termine preguntando si no hacemos esto a veces en la iglesia misma.

prejuicios raciales, de género y nacionales. Ciertamente, tales prejuicios son injustificables, y debemos hacer todo lo posible por erradicarlos de nuestras iglesias, de nuestros corazones, y de nuestras decisiones.

Hay muchos otros prejuicios que sutilmente se introducen en nuestras iglesias, y que, como todo otro prejuicio, son una negación del amor universal de Dios, y por tanto, del Evangelio mismo. El Maligno tiene muchas formas de introducirse en las vidas de los creyentes y las iglesias, y de ellas pocas son tan insidiosas como los prejuicios que las personas religiosas a veces abrigan respecto a otras. Con mucha frecuencia, por ejemplo, algunas personas muy fieles y sinceras actúan como si para ser creyente fuese necesario vestirse de cierto modo, o pertenecer a alguna clase social, o tener cierto nivel de educación. Miramos a alguien, y ya sabemos si es digno de pertenecer a nuestra iglesia o no.

En este respecto, conviene que pensemos acerca de la mujer cananea de nuestro texto. Bien podemos imaginar que los discípulos de Jesús pensaran que, como gentil que era, no había modo en que su fe la pudiera llevar a Jesús. ¡Pero esta mujer cananea, y por tanto gentil, llama a Jesús «Señor, Hijo de David», títulos que los más religiosos entre los judíos no estaban dispuestos a darle! La mujer cruza barreras y prejuicios culturales para dar testimonio de Jesús. Quizás, como esta mujer, ese joven que llega a la iglesia con ropas que nos parecen inadecuadas, o con tatuajes que nos parecen fuera de lugar, esté más pronto a dar testimonio del señorío de Jesús que muchos de quienes estamos en la iglesia.

¿Cuáles son los prejuicios más arraigados entre nosotros y nosotras? ¿De quiénes pensamos que no hay lugar para ellos o ellas en la iglesia? ¿Qué nos dice la historia de la mujer cananea acerca de esto?

Resumen

- Al leer las Escrituras, nos encontramos nada menos que ante la Palabra de Dios. Esa Palabra es siempre soberana y libre. Esto quiere decir que nunca la poseemos, como poseemos lo que tenemos en el bolsillo. Y por tanto, también quiere decir nunca debemos confundir nuestra interpretación de la Palabra con la Palabra misma.

- Al estudiar el pasaje sobre Jesús y la mujer cananea, hemos visto cómo es posible interpretarlo de diversas maneras. En lugar de desalentarnos, esto debe servirnos de recordatorio acerca de la soberanía de la Palabra, y darnos el consuelo de que en fin de cuentas la Palabra de Dios es la Palabra de Dios, más allá de cualquiera interpretación nuestra.

- Aun en medio de esa posible diversidad de interpretaciones, no cabe duda de que el pasaje nos presenta a una mujer cananea que

con todo y ser gentil puede dar testimonio llamando a Jesús «Hijo de David», y a un Jesús que no sólo responde a la petición de la mujer, sino que también reconoce y acepta su testimonio—¡el testimonio de una mujer cananea! El estudio de hoy debe llevarnos a considerar el peligro de que nosotros también caigamos en prejuicios semejantes a los que parecían tener los discípulos de Jesús—o los que ciertamente tenían muchos líderes religiosos judíos. El prejuicio discriminatorio no tiene lugar alguno en el Evangelio ni en la vida cristiana.

Oración

¡Señor Jesús, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! Nosotros y nosotras, como aquella mujer cananea, frecuentemente somos víctimas de prejuicio y exclusión; y, como tus primeros discípulos, también nos hacemos partícipes de los prejuicios que predominan en nuestra sociedad. Pensamos que somos quienes de veras sabemos todo lo que hay que saber acerca de Ti y de tu amor, y precisamente por eso nuestro amor falla. En tu misericordia, líbranos del demonio del prejuicio, como libraste a la hija de la mujer cananea. Amén.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA

Lunes

Juan 10.22-30

Miércoles

Marcos 6.34-44

Viernes

Marcos 11.20-25

Martes

Marcos 1.9-15

Jueves

Marcos 9.14-27

Sábado

Hechos 2.29-36